

“LA SITUACIÓN DE LOS TRABAJADORES EN LA SOCIEDAD FLEXIBLE”

X JORNADAS DE ECONOMÍA CRÍTICA
¿ALTERNATIVAS AL CAPITALISMO?
Área 6. Economía Laboral

María Eugenia Martínez De Ita¹

Tradicionalmente el concepto de trabajo ha ocupado un lugar central en las ciencias sociales ya que se le reconoce como generador de la riqueza y elemento central de las relaciones sociales. En la sociedad moderna, el trabajo condicionó no sólo las formas de producción y reproducción de la fuerza de trabajo sino a la sociedad en general, el capitalismo implicó no sólo una forma de producir, consumir e intercambiar, sino también una forma de ser, de pensar y de vivir; por otra parte, el trabajo se convirtió en la llave que permitía a los hombres no sólo subsistir sino también ingresar a la sociedad y adquirir un status social. El trabajo definía, y lo sigue haciendo, las condiciones de vida de una parte importante de la población.

El papel que tradicionalmente ha jugado el trabajo en la sociedad capitalista se ha visto trastocado por los fenómenos que han marcado las tres últimas décadas del siglo XX; particularmente la tercera revolución científico tecnológica, la globalización, la flexibilización del modelo de acumulación, el tránsito del estado benefactor a otro de corte neoliberal han contribuido a la flexibilización de la relación capital trabajo. En este contexto, esta ponencia tiene como objetivo reflexionar la importancia del trabajo en la sociedad moderna y analizar las implicaciones que ha traído la flexibilización del modelo de acumulación en el trabajo.

¹ Profesora de la Facultad de Economía de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Correo electrónico: cs000333@siu.buap.mx

Desde nuestro punto de vista, la complejidad de los cambios que se han dado en el ámbito del trabajo exige un análisis multidisciplinario, lo que se convierte en un reto para los estudios del mundo del trabajo.

1. El papel del trabajo en la sociedad moderna

Aunque el trabajo es una de las actividades que define nuestra condición humana (Arendt; 1993: VIII) en las sociedades precapitalistas no fue valorado de la misma manera que en la sociedad moderna²; es en la sociedad capitalista que adquiere un nuevo status. Al respecto Gasper Rul-lán (1997: 182) señala que

“Es interesante que al menos en una cosa, aunque por razones distintas, marxistas, liberales y católicos han estado siempre de acuerdo y esto es en la exaltación casi idolátrica del trabajo y el menosprecio y casi olvido total del valor del ocio. Marx habla del trabajo como única fuente de valor; el capitalista liberal habla del trabajo como instrumento para aumentar la producción, la competitividad y los beneficios; y los papas hablan en sus encíclicas del valor divino y humano del trabajo...”

En *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, Engels escribió:

“El trabajo es la fuente de toda riqueza, afirman los especialistas en Economía política. Lo es, en efecto, a la par que la naturaleza, proveedora de los materiales que él convierte en riqueza. Pero el trabajo es muchísimo más que eso. Es la condición básica y fundamental de toda la vida humana. Y lo es en tal grado que, hasta cierto punto, debemos decir que el trabajo ha creado al propio hombre” (Engels; 1955: 74)

En esa misma obra, más adelante, Engels señalaba que:

“Primero el trabajo, luego y con él la palabra articulada, fueron los dos estímulos principales bajo cuya influencia el cerebro del mono se fue transformando gradualmente en cerebro humano...” (Engels; 1955: 78)

Aunque dentro del marxismo ha habido autores³ que han cuestionado esta posición por estar influenciada por una perspectiva economicista la cual se sustentó en una explicación de estímulo–y–respuesta que fue retomada de la

² Fue el cristianismo y el protestantismo los que contribuyeron a darle un nuevo sentido al trabajo y que se le viera ya no como una actividad indigna y despreciada sino como elemento central en nuestra vida

³ Específicamente Raymond Williams, criticaba esta perspectiva no obstante reconocía la importancia de la práctica asociada al trabajo y al lenguaje en la constitución de las sociedades humanas

fisiología positivista, en general se puede decir que en el marxismo se reconoce al trabajo como una:

“... actividad a la vez consciente y social nacida de la posibilidad de comunicación y ayuda espontánea entre los miembros de la especie humana, constituye el instrumento mediante el cual el hombre actúa sobre su medio natural a fin de satisfacer sus necesidades.” (Mandel; 1969: 22)

En el sistema capitalista, la satisfacción de las necesidades pasa por el mercado; en la medida en que los productores directos han sido despojados de los medios de producción, estos tienen que acudir al mercado a vender su fuerza de trabajo y a comprar aquellas mercancías necesarias para su subsistencia.

La producción capitalista, pues, se basa en las relaciones que se establecen entre el capital y el trabajo. Estas relaciones son —como lo diría Marx— de explotación y dominación ya que la fuerza de trabajo al ser consumida en el proceso productivo crea un valor superior al que se le paga.

Pero el trabajador no sólo es explotado, también es dominado, ya que queda subordinado a las decisiones del capital. Esta explotación y dominación enfrentan a los trabajadores con los capitalistas generando relaciones de conflicto.

Para que la racionalidad capitalista fuese aceptada por los trabajadores, el capitalismo tuvo que desarrollar una *ética del trabajo* cuyo propósito era promover la obediencia y la disciplina, como lo señala Bauman

“Bajo la ética del trabajo se promovía una ética de la disciplina: ya no importaban el orgullo o el honor, el sentido o la finalidad. El obrero debía trabajar con todas sus fuerzas, día tras día y hora tras hora, aunque no viera el motivo de ese esfuerzo o fuera incapaz de vislumbrar su sentido último. (Bauman; 1999: 20)

Para lograr lo anterior se requería que la sociedad aceptase esta ética, así:

“El problema central que enfrentaban los pioneros de la modernización era la necesidad de obligar a la gente —acostumbrada a darle sentido a su trabajo a través de sus propias metas mientras retenía el control de las tareas

necesarias para hacerlo— a volcar su habilidad y su esfuerzo en el cumplimiento de tareas que otros le imponían y controlaban, que carecían de sentido para ella. La solución al problema fue la puesta en marcha de una instrucción mecánica dirigida a habituar a los obreros a obedecer sin pensar, al tiempo que se los privaba del orgullo del trabajo bien hecho y se los obligaba a cumplir tareas cuyo sentido se les escapaba...” (Bauman; 1999: 20)

Fuera del proceso productivo, la ética del trabajo sirvió para difundir las ideas de que se tenía que trabajar para conseguir lo necesario para vivir, de que el trabajo ennoblecía y daba reconocimiento social, así como de que era el elemento que daba sentido a la vida. La ética del trabajo sirvió como cohesionador social.

Junto a esta ética del trabajo, a nivel social, fuera del proceso productivo, el capitalista utilizó al ejército industrial de reserva como un elemento de presión para imponer las relaciones de explotación y dominación a los trabajadores. Así pues, aunque los trabajadores potenciales no estaban generando valor, ya que no estaban incorporados al proceso productivo, de todas formas jugaban un papel importante en la explotación y dominación de los trabajadores ya que siempre había alguien que quería trabajar una jornada más larga o recibir un salario más bajo o aceptar condiciones precarias de trabajo todo esto con tal de tener un trabajo.

El capital no sólo utilizó al ejército industrial de reserva para enfrentar a los trabajadores, también incorporó formas de producción no capitalistas —como la artesanal y el trabajo a domicilio— y con ello a otro tipo de trabajadores:

“...Si la manufactura y la producción casera subsisten, no obstante, esto es dictado por los intereses del propio capital que necesita que la fuerza de trabajo desplazada de la gran industria, encuentre cabida en estos sectores y esté lista para ser utilizada en cualquier periodo de florecimiento de la producción. El flujo y reflujo de obreros hacia la gran industria, puede tener lugar gracias a las “válvulas” que abre la industria casera, la cual cumple la función especial de mantener en reserva la fuerza de trabajo, y en parte reproducirla para los intereses del capital y posibilitar las condiciones para su movimiento cíclico” (Marx; 1970: Cap. XIII)

Con el trabajo a domicilio el capitalismo no solo tenía “una válvula” de escape para el problema del desempleo, sino que tenía la posibilidad de incorporar a mujeres y niños que eran utilizados como un elemento de presión contra los trabajadores. En la industria a domicilio —en la medida en que las fuerzas productivas están menos desarrolladas, en particular los medios de producción— se intensifica la explotación de la fuerza de trabajo. Esa explotación al final a quien va a beneficiar es al productor o comerciante que está relacionado con la industria a domicilio.

En el capitalismo industrial, la suerte del trabajador está relacionada con la máquina ya que esta incrementa la productividad del trabajo y disminuye la cantidad de trabajo socialmente invertido por unidad de producto. En este sentido cabe señalar, que la máquina se enfrenta al trabajador como un instrumento de explotación y dominación.

Con la incorporación de la máquina, y con la organización de la producción bajo el paradigma taylorista–fordista, el capital tuvo otras posibilidades de explotar y dominar a los trabajadores. El taylorismo–fordismo significó, en primer lugar el control del tiempo de los trabajadores por parte de los capitalistas, a partir del establecimiento de ritmos de trabajo, que llevaron a la especialización lo que facilitó la incorporación de trabajadores no calificados.

La presencia de la máquina y el control de los tiempos y movimientos impusieron a los trabajadores una disciplina que se volvía en muchos casos agobiante. La visión optimista de Diderot —comenta Sennett— que consideraba que la rutina dignificaba el trabajo además de que llevaba a los trabajadores a dominar el *ritmo* (lo que significa que si los trabajadores repetían una operación, podían aprender a acelerar o aminorar, es decir podían aprender a variar, “igual que un músico aprende a manejar el tiempo mientras interpreta una pieza” fue pronto cuestionada por la propia realidad dando cabida a la posición de A. Smith quien señalaba que la rutina llevaba a los hombres a la autodestrucción ya que les

hacía perder el control sobre sus propios esfuerzos lo que significaba la muerte mental de las personas. Además, la especialización si bien es cierto llevaba al progreso material de la sociedad, también es cierto que no conducía al progreso moral de la sociedad ya que los sentimientos de solidaridad eran aplacados precisamente por la rutina (Sennet; 2000: 38).

Si bien es cierto, los efectos de la rutina se acercaron a los descritos por Smith, también es cierto que dio un sentido a la trayectoria laboral y a la vida de los trabajadores. No sólo se sabía que se tenía que hacer en el presente sino que el futuro podía ser predecible, la experiencia y los logros se iban acumulando y todo esto daba cierta estabilidad a los trabajadores. Lo anterior contribuyó a que la vida de los trabajadores adquiriera sentido en cuanto narración lineal.

Los días y hasta la vida misma fue organizada teniendo como referente al trabajo; así pues, los momentos de ocio, de placer así como de convivir con la familia, lo mismo que las formas de vivir, se estructuraron teniendo presente la jornada de trabajo y el salario.

Durante buena parte del siglo XX, el taylorismo–fordismo tuvo como resultado un incremento de la productividad del trabajo así como un control de los trabajadores que no estuvo exento de conflictos y respuestas tanto de los sindicatos como de los propios trabajadores. Sin embargo para finales de los 60 y sobre todo en la década de los 70, estas formas de organización mostraban signos de agotamiento. La rigidez dio paso a la flexibilidad y con esto a la conformación de un nuevo paradigma en el que el trabajo adquirió un nuevo significado. (De la Garza; 1998).

2. Las grandes transformaciones del capitalismo en el último tercio del siglo XX

Del taylorismo–fordismo a la acumulación flexible.

Desde sus orígenes, el capitalismo, requirió una base técnica de producción propia que fue proporcionada por la revolución industrial, así como determinadas

relaciones de producción. Para que se dieran dichas relaciones fue necesario establecer una ética del trabajo que promoviera la disciplina y la obediencia de los trabajadores al capital.

A principios del siglo XX, en Estados Unidos, un grupo de ingenieros mecánicos preocupados por la escasez e indisciplina (organización y capacidad de resistencia) de los trabajadores, el dominio del oficio por parte de un sector de los trabajadores, así como por la necesidad de incrementar la productividad de las empresas se plantearon la tarea de buscar formas de producción que permitiesen resolver estos problemas. Podemos decir que fue Frederick W. Taylor, en su obra *Principios de la administración científica* quien recuperó y sintetizó el espíritu del capital norteamericano.

Los principios de Taylor fueron retomados más adelante por Henry Ford, no obstante el fordismo se constituyó en una propuesta socio–político–económica ya que no sólo consistió en un método de producción, sino también en una ideología y en instituciones que regularon la vida económica y social. En palabras de Harvey (1998: 147):

“... lo propio de Ford (y lo que por último separa al fordismo del taylorismo) fue su concepción, su reconocimiento explícito de que la producción en masa significaba un consumo masivo, un nuevo sistema de reproducción de la fuerza de trabajo, una nueva política de control y dirección del trabajo, una nueva estética y una nueva psicología; en una palabra: un nuevo tipo de sociedad racionalizada, modernista, populista y democrática”

Es por esto que el fordismo es tomado en dos acepciones, articuladas y recíprocamente condicionadas: restringida, como *pauta socio-técnica* de organización de la producción y del trabajo; y global, como *sistema socioeconómico*.

En el primer caso, Ford incorporó el uso de partes intercambiables — adaptado de la industria de armamentos en la guerra de secesión y posteriormente aplicado en la manufactura de autos por la Cadillac— elemento fundamental en la racionalización del trabajo y requisito de la línea de montaje;

dispuso las máquinas en la fábrica siguiendo la secuencia de operaciones de los procesos, lo que contribuyó a la eliminación de movimientos internos innecesarios, tanto de componentes como de trabajadores; introdujo la cinta transportadora — idea originada en el sistema de desmontaje de carcasas en los mataderos, combinada con equipos aplicados (como las máquinas transfer)— que permitió un alto grado de mecanización y automatización e incorporó la jornada ocho horas y salario de cinco dólares como una forma de “asegurar la sumisión del trabajador a la disciplina requerida en el sistema de la línea de montaje” , jornada y salario fueron variables utilizadas para que los trabajadores aceptaran las “largas horas de trabajo de pura rutina”, la incorporación de trabajadores no calificados y la exclusión de los trabajadores en el diseño, ritmo y programación del proceso de producción. Al mismo tiempo, esta jornada y este salario suministraron a los obreros “el ingreso y el tiempo libre suficientes para consumir los productos masivos que las corporaciones lanzarían al mercado en cantidades cada vez mayores” (Harvey; 1998: 148)

Esta forma de producción en las empresas no podía construirse al margen de la sociedad, requería de un Estado, de empresarios, de sindicatos, es decir, de instituciones y actores que permitiesen, la consolidación y la expansión del capitalismo a nivel internacional; pero también necesitaba de una ética del trabajo, de que los individuos tuviesen un determinado carácter y que la sociedad asumiera una estética particular.

Al Estado le correspondió asumir determinados roles: le tocó construir los fundamentos económicos, políticos y sociales para controlar a los trabajadores, así como para que la fuerza de trabajo se pudiese reproducir; le tocó desarrollar políticas fiscales y monetarias y crear la infraestructura adecuada e incluso, establecer relaciones internacionales que asegurasen la movilidad del capital.

A los empresarios les correspondió dirigir parte de sus ganancias al incremento de la productividad, crear las condiciones para que se diera el

crecimiento económico, así como el buscar nuevos territorios (para la inversión extranjera y nuevos mercados) que contribuyesen a ampliar la acumulación de capital; mientras que a los sindicatos les tocaba controlar a los trabajadores y apoyar los planes de los gerentes para incrementar la productividad a cambio de beneficios salariales para sus agremiados.

Aunque no todos los trabajadores estaban incorporados a la producción fordista, ni gozaban de los beneficios de este modelo, la producción en masa de bienes estandarizados por parte de obreros sin calificación, significó además de una ética del trabajo, una estética y una “mercantilización de la cultura” que si abarcó a amplios sectores de la sociedad.

El resultado fue el boom económico que duró de 1945 a 1973 aproximadamente. No obstante, como ya se señaló para finales de la década de los 60, pero sobre todo en los 70, se empiezan a dar indicios de que el paradigma taylorista–fordista así como el Estado keynesiano enfrentan graves problemas que se van a expresar en crisis. La solución fue la eliminación de las rigideces del paradigma anterior y la búsqueda y creación de nuevas condiciones para que se diera la acumulación de capital, lo anterior ha dado paso a un nuevo paradigma que muchos autores califican como “flexible”.

En el caso de las empresas, la eliminación de las rigideces se ha logrado en gran medida por la incorporación de las innovaciones tecnológicas; particularmente, las tecnologías de la información han dado una movilidad a los productores que no tenían anteriormente de tal forma que en la sociedad actual el capital se vuelven extraterritorial, esto le permite estar en los lugares en los que tiene mayores ventajas.

En el proceso productivo, a nivel tecnológico, mientras que en el paradigma taylorista–fordista se distinguió por tener una base electromecánica y por la línea

de montaje, en el paradigma flexible la tecnología se sustenta en las innovaciones provenientes de la Tercera Revolución Científico Tecnológica.

La organización del trabajo ha pasado de una división del trabajo detallada —que implicaba la existencia de un gran número de categorías y la separación de la producción del mantenimiento y del control de calidad— a otra en el que se busca reintegrar las funciones de producción (producción, mantenimiento y control de calidad). Por otra parte de un paradigma en el que los puestos de trabajo estaban bien definidos y jerarquizados se ha pasado a otro en el que la polivalencia y la ampliación de las funciones están presentes.

En el caso de la gestión de las empresas esta ha pasado de ser jerárquica, vertical, centralizada, controladora y punitiva a ser participativa, horizontal, descentralizada y formadora. Cabe señalar que la transformación de la gestión de las empresas ha sido muy heterogénea y ha dependido de las culturas empresariales y gerenciales, de la cultura y organización de los trabajadores y de las capacidades de aprendizaje de las empresas.

El ámbito del trabajo también se ha modificado. A nivel macroeconómico las principales transformaciones se han dado en la estructura ocupacional; el empleo; la composición de los trabajadores; la calificación de los trabajadores; el significado del trabajo; los mercados de trabajo; los pactos sociales; la presencia, participación e influencia de los actores sociales; la regulación del trabajo e incluso los discursos ideológicos. A nivel microeconómico, la división del trabajo, las tareas y los procesos de trabajo se han flexibilizado.

Lo anterior ha repercutido en un aumento del poder del capital frente al trabajo, el declive de los sindicatos, un incremento de la individualización del trabajo y una diversificación de las relaciones de trabajo. Al respecto, Martin Carnoy (2001) plantea que esto no significa la desaparición del trabajo, sino una

tendencia a la flexibilización de las relaciones entre empresa y trabajador en el proceso de trabajo.

En esta sociedad —como lo señala Cohen (2001: 19) — se trabaja más a cambio de menos, de tal forma que en muchas regiones del mundo se ha dado un retroceso en las condiciones de vida y de trabajo y se ha incrementado la pobreza. Sobre este punto, la OIT informó que “En los albores del nuevo milenio, unos 1,500 millones de personas tienen unos ingresos inferiores a un dólar al día. Dicho de otro modo, la cuarta parte de los seres humanos viven en la más abyecta pobreza” (OIT; 2000: 23)

Por otra parte, con la incorporación de la ciencia y la tecnología a la esfera de la circulación, los productores tienen otras posibilidades de actuación en el espacio y de acercamiento con los consumidores; asimismo, lo local y lo global adquieren otra dimensión.

Los cambios en el consumo y en los mercados han hecho que los productos se transformen ya que mientras que en la sociedad industrial su producción era masiva, estandarizada, con un ciclo de vida largo y eran resultado de procesos de innovación en etapas, ahora se trata de producir en lotes respondiendo a las preferencias y a los “tiempos” de los demandantes; esto ha traído como consecuencia que los mercados también se diferencien y que en algunos de ellos se privilegie la calidad de los productos sobre sus precios. Además, el ciclo de vida de estos productos es corto y son producto de innovaciones continuas.

A diferencia de épocas anteriores en las que la ética del trabajo daba forma a la sociedad y sentido a la vida de los individuos, en los tiempos que hoy nos tocan vivir, pareciera que es el consumo lo que integra o no a los individuos a la sociedad. Al respecto, Bauman (2000: 44) nos dice que la importancia del consumo en nuestras sociedades es tal, que la ética del trabajo ha sido

desplazada por la estética del consumo. ¿Qué quiere decir esto? que mientras en la sociedad industrial, el trabajo era el elemento que definía la integración de las personas a la sociedad, las condiciones en que se daba dicha integración, así como las relaciones sociales que se establecían entre los individuos al mismo tiempo que daba las bases para que el engranaje del sistema industrial funcionase; en la sociedad actual, el consumo es el elemento (des) integrador de la sociedad.

Como lo señala Bauman (1999: 106), “todos los seres humanos, en realidad todos los seres vivos, consumen”. El acto de consumir ha estado presente en las diferentes etapas de la historia de las sociedades; no obstante, en la sociedad actual el consumo pareciera estar en todos nuestros actos, en nuestra forma de vivir a tal grado que si en la sociedad industrial la gente se preguntaba si uno trabaja para vivir o vivía para trabajar, en la sociedad actual la pregunta es si uno consume para vivir o vive para consumir. Antes la sociedad buscaba que sus integrantes fueran trabajadores hoy exige que sean consumidores.

El consumo ha cambiado; como lo señala Cohen (2001: 15), “en la actualidad se está escribiendo una nueva era del consumo: la era del <<multi-zap>>, del <<a medida>> del consumo posmoderno, que sustituye al <<blanco y negro>> del antiguo consumo de masas”.

En esta sociedad los individuos son incluidos o excluidos a partir de su capacidad de consumo; no sólo esto, también son ubicados socialmente en la medida en que tengan la capacidad de elegir entre la gran variedad de oportunidades, de sensaciones placenteras y experiencias que el mundo les ofrece (Bauman; 2000: 64)

En un mundo de oportunidades, de posibilidades, la pobreza y la marginación social son vistas, no como el resultado de la falta de trabajo, no como

un problema social, sino como el resultado de la incapacidad de los individuos por consumir y como un problema individual.

De la misma manera que el consumo, el mercado también ha cambiado, de tal forma que los mercados que se caracterizaron (en el periodo industrial) por su expansión, estabilidad, por centrarse en los mercados nacionales y por el poder de los vendedores y de las empresas; ahora se caracterizan por la crisis, la inestabilidad, por la disolución de los mercados nacionales y la integración de bloques comerciales como el TLC, la Unión Europea, el Merco Sur y la Cuenca del Pacífico.

Sin duda, existe un conjunto de factores que explican esta situación, no obstante la intensificación de la competencia y las repercusiones de las tecnologías de la información son a nuestro juicio los factores que explican las tendencias actuales de los mercados.

En el caso de la competencia, si bien es cierto se puede encontrar en otros momentos históricos, particularmente en las diferentes etapas del capitalismo, también es cierto que las formas, el número, las características de los sujetos que compiten, así como las implicaciones de la competencia para las sociedades son diferentes ahora respecto a las etapas anteriores.

En la sociedad actual, la competencia se ha convertido en el concepto que moviliza a la sociedad, a sus instituciones y actores y, sin duda, las capacidades de los actores para reconocer, demandar y hacerse de “saberes, conocimientos y habilidades” que les permitan competir han pasado a ser un elemento estratégico.

Hoy, el ser competitivo es un signo de éxito. Por lo tanto la competencia ha sido elevada a valor en la sociedad actual, a criterio que norma la vida. ¿Qué repercusiones ha traído esto? que las relaciones de solidaridad se sustituyan cada vez más por relaciones de competencia y que empresas, regiones y países

busquen responder al nuevo entorno flexibilizando su producción, gestión y sus relaciones laborales.

El modelo económico actual no sólo va acompañado de pobreza, sino también de exclusión social. Como lo señala Tedesco (1999: 3)

“... A diferencia del capitalismo industrial tradicional, que incluía a todos a través de vínculos de explotación y dominación, este nuevo capitalismo tiene una fuerte tendencia expulsora, basada en la ruptura de los vínculos. La exclusión del trabajo es la base de una exclusión social más general... La exclusión social provoca, desde este punto de vista, una modificación fundamental en la estructura de la sociedad, que estaría pasando de una organización vertical, basada en relaciones de explotación entre los que ocupan posiciones superiores frente a los que ocupan las posiciones inferiores, a una organización horizontal, donde lo importante no es tanto el lugar en la jerarquía sino la distancia con respecto al centro de la sociedad”.

Si bien es cierto la exclusión social forma parte de un proceso global, planetario, también es cierto que las respuestas a los procesos de exclusión social están en los territorios, en los espacios locales donde la mayoría de la población vive cotidianamente y donde los individuos deben construir su sentido de pertenencia.

La tercera revolución científico tecnológica y la sociedad del conocimiento.

Todas estas transformaciones han sido fundamentales para el capitalismo actual; sin embargo, diferentes autores han señalado que uno de los ejes —quizá el más importante— de esta sociedad sin duda lo constituye la Tercera Revolución Científico Tecnológica que permitió el surgimiento no sólo de un nuevo paradigma tecnológico, sino de una sociedad diferente a la que había anteriormente.

Si bien es cierto, la ciencia y la tecnología han jugado un papel importante en el desarrollo del capitalismo, también es cierto que el avance que han tenido en el último siglo, particularmente en la segunda mitad del siglo XX, ha sido fundamental para el desarrollo de las actividades económicas, pero también en la vida cotidiana de las sociedades.

De alguna manera, los avances (así como las dificultades) logrados en los diferentes campos están presentes en los procesos de producción, circulación y consumo, es decir, en la vida material, pero también en la forma de ver la vida, en las relaciones sociales e incluso en la forma como se vislumbra el futuro.

Respecto al paradigma económico actual, este se sustenta en las tecnologías de la información; la biotecnología; la tecnología de materiales; la tecnología espacial; la tecnología nuclear y las tecnologías de nuevas fuentes de energía (De la Garza; 1992: 10). Siendo la primera la más importante ya que ha dado pie a un nuevo modo de producir, comunicar, gestionar y vivir; es decir, han transformado la condición humana.

Las tecnologías de la información han sido definidas por Castells (1999: 56 Tomo I) como “el conjunto convergente de tecnologías de la microelectrónica, la informática (máquinas y software), las telecomunicaciones/televisión/radio y optoelectrónica, la ingeniería genética y su conjunto de desarrollos y aplicaciones en expansión”. La especificidad de la Tercera Revolución Científico Tecnológica y por lo tanto de las tecnologías de la información, es que se sustentan en el desarrollo y aplicación del conocimiento científico tecnológico.

Si bien es cierto, el conocimiento ha estado presente en la primera y segunda revolución industrial y en general ha jugado un papel importante en diferentes etapas de la historia de la sociedad, en el contexto actual, éste tiene un papel estratégico, a tal grado que el modelo económico vigente ha sido llamado por muchos autores como una *economía basada en el conocimiento* y la sociedad como la *Sociedad del Conocimiento*, la cual se distingue por: el alcance; la aceleración sin precedente del ritmo de creación, acumulación y depreciación del conocimiento; el papel relevante de las actividades de ciencia y tecnología; la incorporación de nuevos actores e instituciones en la creación y circulación del conocimiento —comunidades, consumidores, redes—; la modificación de las formas de gestión; la transformación del tipo de trabajo, de los trabajadores y de

los patrones de empleo; así como por la ampliación y sofisticación de los espacios de aprendizaje y de formación de los trabajadores. (David y Foray; 2002).

La globalización

El mundo en el que vivimos es otro; si bien es cierto, el capitalismo —mejor dicho, el capital— desde sus orígenes no ha tenido fronteras, en la sociedad industrial, la organización de todo el sistema (producción, distribución, intercambio y consumo) se hizo a partir de los mercados nacionales.

Muy ligada a la historia del capitalismo está la constitución de los mercados internos que implicaron una forma de organización, de uso y de control del espacio por parte del capital. La producción se organizó de tal forma que cuestiones como qué producir, cuánto, cómo, con qué insumos, quiénes, para quiénes producir; fueron respondidas tomando como criterio las características de los mercados nacionales; por otra parte, para que se diera el intercambio, los Estados-nación establecieron normas y crearon la moneda. Además de los mercados de bienes y servicios, se conformaron mercado(s) de trabajo en los que además de la fuerza de trabajo en acción (que es la fuerza de trabajo que se consume en el proceso productivo) también se encontraba una fuerza de trabajo potencial —conocida como ejército industrial de reserva— que jugaba un papel importante en la determinación del salario y en las relaciones obrero-patronales.

El salario, como relación social, además de permitir la reproducción de la fuerza de trabajo y de las familias de los trabajadores, contribuyó a regular la producción y la demanda.

El mercado de bienes y servicios así como el de trabajo se construyeron a partir del fortalecimiento de relaciones de producción. Estas relaciones de producción se pudieron fortalecer a partir de la difusión de una ética del trabajo que además de permitir la reproducción del capitalismo, contribuyó a dar identidad a las comunidades y cohesión a la sociedad.

Actualmente, el capitalismo se encuentra en un nuevo ciclo de expansión, en una fase —a la que muchos autores denominan como la etapa de la globalización— en el que las actividades productivas, comerciales y financieras no tienen fronteras y en el que las relaciones de explotación y dominación se dan a escala planetaria. Como lo señala Castells (1996: 93) en la época actual, “la producción, el consumo y la circulación, así como sus componentes (capital, mano de obra, materias primas, gestión, información, tecnología, mercados) están organizados a escala global, bien de forma directa, bien mediante una red de vínculos entre los agentes económicos”.

En este sentido, la globalización además de implicar la apertura de los mercados; la integración de mercados, sobre todo de los financieros y la producción mundial, significa que el capitalismo tiene la “capacidad de funcionar como una unidad en tiempo real a escala planetaria” (Castells; 1999: 120. Tomo I)

Pero no solo la base material de las sociedades se ha visto impactada por los procesos de globalización, también las culturas de las comunidades se han visto influenciadas por el conocimiento de lo que sucede en otros lugares, así, no es raro ver como el lenguaje, las formas de vestir, la comida, las ideas, las creencias de ciertos sectores de la población (jóvenes, comunidades de migrantes, etc.) han cambiado en las últimas décadas.

Lo anterior se debe a que el capitalismo ha transformado el tiempo y el espacio en el que se reproduce; gracias a las tecnologías de la información, el capital ha “anulado las distancias” de tiempo y espacio. Lo anterior ha traído como consecuencia que todos vivamos en un mismo mundo (Giddens; 2000: 16), aunque en circunstancias diferentes ya que mientras que las elites, los poderosos, las “personas que invierten” no están atados al territorio y se desplazan a una gran velocidad, lo que les permite

“desconectarse de sus deberes para con los empleados y los seres más jóvenes y débiles, las generaciones por nacer, así como la autorreproducción de las condiciones de vida para todos; es decir, se liberan del deber de contribuir a la vida cotidiana y la perpetuación de la comunidad” (Bauman; 1999: 17),

El resto de los humanos nos encontramos atados al territorio; un territorio que es despojado de su identidad, que es incorporado o excluido del mundo según convenga a los poderosos, que es subordinado a los intereses de las “personas que invierten”. (Bauman; 1999: 17)

Mientras que el “capital no tiene domicilio establecido”, sectores importantes de la población se encuentran sujetos a los espacios locales, a esos territorios que han sido incorporados a un capitalismo planetario, pero que han sido transformados ya que el capital ha roto redes, lazos de convivencia y de identidad.

Como señala Bauman (1999: 9), “ser local en un mundo globalizado es una señal de penuria y degradación social” ser local significa tener que vivir en un mundo en el que “no pasa nada” o, en su defecto, lo que sucede está fuera de su control. Esta situación se torna más devastadora, si se tiene en cuenta que la globalización exige flexibilización, sobre todo de los mercados de trabajo, de tal forma que:

“De lado de la demanda, flexibilidad es libertad para desplazarse hacia prados más verdes, dejando residuos y desperdicios del campamento anterior desparramados, para que los recojan los locales; sobre todo significa libertad para pasar por alto todas las consideraciones salvo las “económicamente sensatas”. En cambio, lo que aparece como flexibilidad del lado de la demanda, rebota sobre los que ocupan el de la oferta como un destino duro, cruel, inexpugnable e inexorable: los puestos de trabajo van y vienen, aparecen y desaparecen de la mañana a la noche, se los divide y retira, en tanto las reglas del juego de contratación y despido cambian sin aviso”. (Bauman; 1999: 137)

El mundo de hoy está integrado por comunidades enteras que están atadas a los territorios, pero también por gente que se mueve; sin embargo mientras que un sector de ello —el capital, los poderosos— se desplazan en el momento y a

lugar que desean, otros lo tienen que hacer porque no tienen otra alternativa, lo hacen para tratar de escapar de la pobreza y de la falta de empleo. Mientras que para los primeros el desplazarse en el espacio es un signo de libertad, para los segundos es todo lo contrario.

Si bien es cierto, no todos los resultados de la globalización son nocivos (por ejemplo, para cierto sector de los trabajadores, la globalización ha contribuido a estrechar lazos con trabajadores de otros países, desarrollando relaciones de solidaridad), lo cierto es que las presiones hacia los Estados nacionales proveniente de las tendencias mundiales, la presencia e influencia de agentes externos al territorio, así como el incremento de la marginación y exclusión social, han contribuido a que en las comunidades se genere un estado de ánimo de miedo, ansiedad e incertidumbre (Brunner; 1998: 35); de tal forma que para Bauman la globalización

“... expresa el carácter indeterminado, ingobernable y autopropulsado de los asuntos mundiales; la ausencia de un centro, una oficina de control, un directorio, una gerencia general. La globalización es el “nuevo orden mundial” (Bauman; 1999: 80)

La globalización, une y divide a hombres y mujeres, no sólo eso, refuerza la exclusión de aquellos territorios, de aquella población que no son útiles para la reproducción del capitalismo. La respuesta que han dado las comunidades atadas a los territorios a estos procesos ha sido diversa. En algunos lugares, las comunidades han construido proyectos sociales propios y se han integrado a los procesos de globalización sin renunciar a su identidad, en otros espacios, estos han sido devastados ya que los integrantes de esas comunidades no han sido capaces de construir y/o de mantener lazos de solidaridad que les permitan enfrentar los efectos de la globalización.

Frente a esta situación, cabe la pregunta ¿en qué ámbitos se generan las identidades que permitan crear los lazos de solidaridad entre los integrantes de una comunidad? ¿En qué espacios se transmiten los valores que permitan a lo

hombres y mujeres construir un mundo propio y convivir de una manera humana? Desde nuestro punto de vista el ámbito del trabajo constituye un espacio privilegiado porque es ahí donde se los sujetos sociales construyen parte de su identidad, es el trabajo que les permite integrarse no sólo al mudo laboral (a los mercados de trabajo) sino también a la sociedad.

Del Estado Benefactor al Estado neoliberal

Desde los orígenes del capitalismo, uno de los grandes debates que se ha dado se refiere al papel que debe jugar el Estado en las sociedades. Aunque se han expresado diferentes posiciones, estas se pueden sintetizar en dos grandes perspectivas: por un lado, la que considera que si se dejan actuar libremente a las fuerzas del mercado, estas harán que la economía tienda a la armonía, al equilibrio, por lo tanto es innecesaria e indeseable la interferencia gubernamental salvo para administrar justicia, asegurar la defensa nacional, y mantener determinadas empresas de interés público que nunca podrían ser rentables si se gestionasen de modo privado. La otra posición, reconoce que el mercado tiene imperfecciones y que por lo tanto se hace necesario la presencia del Estado para corregir dichas imperfecciones.

Aún cuando el Estado ha estado presente en diferentes momentos históricos para garantizar las condiciones económicas, políticas y sociales que requiere el capital para desarrollarse, después de la Segunda Guerra Mundial los Estados Nacionales asumieron determinados roles que fueron reconocidos como rasgos del <<Estado de bienestar>>, aún cuando el intervencionismo estatal asumió diferentes formas en los países.

En términos económicos, en la medida en que las empresas necesitaban hacer fuertes inversiones para contar con las plantas que permitiera la producción en masa, los Estados asumieron políticas fiscales y monetarias cuyo objetivo eran crear un clima de tranquilidad y de estímulo para los inversionistas tanto nacionales como extranjeros; el Estado además de participar a través de políticas,

en muchos países contribuyó a consolidar la infraestructura que requerían las empresas .por otro lado, además de propiciar la aparición de instituciones y normas que permitiesen el control de los trabajadores y la suscripción de pactos sociales, los gobiernos apoyaron a través del gasto social al salario social, asumiendo la responsabilidad de financiar partes importantes de rubros como el de la salud, educación y vivienda.

Si bien es cierto, las políticas sociales estaban fuertemente relacionadas con la ética del trabajo, los beneficios que se lograron se extendieron a amplios sectores de la población a tal grado que el concepto de “Estado benefactor” se asoció con la idea de bienestar de la población y de que esta era responsabilidad del Estado.

Este tipo de Estado, que predominó desde la posguerra enfrentó graves problemas económicos y fuertes cuestionamientos políticos en la década de los 70, de tal forma que:

“La visión de la crisis y la reestructuración actual, centrada en el Estado, comprende dos versiones: la primera, como crisis fiscal (crecimiento de los déficits públicos, de la deuda del Estado y de la inflación, imposibilidad de que continúe funcionando la economía con un subsidio creciente); la segunda recalca la función política del Estado social en cuanto satisfactor de las demandas crecientes de la población, lo cual vuelve incompatible el crecimiento con legitimidad clientelar. Además, el uso improductivo de recursos económicos crecientes drenaría la capacidad de invertir y la tasa de ganancia. Finalmente la función reguladora de las relaciones entre las clases, en el sentido de protecciones a los trabajadores, se convertiría en un elemento de rigidez que repercutiría negativamente en la productividad y la calidad, así como en los costos salariales” (De la Garza; 1998: 24).

Ese Estado que por más de treinta años contribuyó en un gran número de países a construir al capitalismo en su base económica y social ha sido sustituido por otro que sigue privilegiando a la propiedad privada pero que ha cedido su lugar a las fuerzas del mercado e incluso ha asumido los criterios de productividad y rentabilidad como normas que guían su desempeño. Lo anterior ha significado

que en muchos países —entre ellos, el nuestro— los Estados renuncien a construir e impulsar proyectos de desarrollo propios.

Lo anterior ha dado paso a una serie de reformas, de procesos de privatización, de desregulación en el ámbito económico; a la modificación de los pactos sociales y a un abandono de las obligaciones ligadas al bienestar de la población, de tal suerte que los tiempos de ahora son tiempos de desmantelamiento institucional, de privatización de los servicios y de la difusión de una ideología individualista que se asume tanto en la familia como en la fábrica, tanto por los trabajadores como por los desempleados.

En este contexto, en muchas sociedades, las explicaciones de la pobreza y la marginación social se buscan en la conducta de los individuos asumiendo que ellos son los responsables de estos y otros problemas (violencia, inseguridad, etc...) y no la sociedad; que los fracasos sean visto como resultado de decisiones equivocadas de los individuos y no como resultado de las tendencias del capitalismo y de que en lugar de buscar las raíces de los problemas, se difunda una actitud de sumisión, resignación y apatía.

Estados–Nación vs. Globalización.

Por otra parte, junto a al abandono del papel social (Estado Benefactor), el Estado se ha transformado debido a las presiones que la globalización ha significado para los Estados nacionales, en diferentes países .

La época actual es una etapa de incertidumbre; de desorden e ingobernabilidad, gran parte de esta situación se debe por un lado al hecho de que el poder económico y político lo tienen unos agentes que no están vinculados al territorio y por el otro a que el Estado (los estados nacionales) ha cambiado en todos los ámbitos de la sociedad.

Ese Estado que organizaba, controlaba y dirigía a la sociedad hacia determinadas metas ha sido afectado por las tecnologías de la información y los

procesos de globalización de tal forma que en lugar de un Estado interventor y benefactor —que buscaba a través del consenso y/o de la coerción llegar a determinados pactos sociales, que se preocupaba por que los mercados internos funcionasen adecuadamente para que la acumulación se pudiese seguir dando, que dictaba las reglas de convivencia social y que fomentaba una identidad nacional— tenemos ahora un Estado que se ha caracterizado por impulsar procesos de privatización, de desregulación, de reducción del gasto social, de reformas políticas y que ha adoptado los criterios de productividad y de lucro como valores que norman su actuación.

La transformación del Estado tiene que ver con las transformaciones económicas, políticas y sociales que se dieron al interior de cada país, pero también a las repercusiones de las tecnologías de la información y a los procesos de globalización.

En el contexto actual, la capacidad del estado de dirigir los procesos de industrialización y de actuación en los mercados se ha visto sensiblemente reducida ya que sus políticas (monetarias, tipo de cambio, laborales, etc...) e instrumentos han sido rebasados como consecuencia de la globalización. En la medida en que las empresas tienen una gran movilidad y los núcleos estratégicos de las economías responden a una lógica global, los Estados–Nación se enfrentan a grandes problemas para incidir en el proyecto social de cada país

“ ... Perdida la capacidad de equilibrar las cuentas, guiados por los intereses expresados políticamente por la población dentro de su área de soberanía, los Estados nacionales se convierten cada vez más en ejecutores y plenipotenciarios de fuerzas sobre las cuales no tienen la menor esperanza de ejercer algún control ... gracias a la nueva “porosidad” de las economías presuntamente “nacionales”, los mercados financieros globales, en virtud del carácter esquivo y extraterritorial del espacio en que operan ,”imponen sus leyes y preceptos sobre el planeta

“La única tarea económica que se le permite al Estado y se espera que éste cumpla es (la de) mantener un “presupuesto equilibrado” al reprimir y controlar las presiones locales a favor de una intervención más vigorosa en la administración de los negocios y en la defensa de la población ante las

consecuencias más siniestras de la anarquía del mercado” (Bauman; 1999: 88-90)

En la época actual, los Estados–nación, cada vez tienen más dificultades para asegurar en sus territorios la base productiva para generar empleos, que les permitan a los trabajadores obtener ingresos; por otra parte, en la medida en que los estos Estados–nación dependen de manera importante de los prestamos del exterior, el monto y distribución del gasto social y su participación directa en la economía se ve afectado por las políticas de las instituciones internacionales de financiamiento.

En la medida en que la economía se ha globalizado y esto ha dado a las empresas una gran movilidad para dirigirse a los paraísos fiscales y laborales que les permitan obtener jugosas ganancias, el capital ha presionado para que los Estados se conviertan en agencias —por cierto muy eficaces— de control de los trabajadores que más que vigilar que los derechos de los trabajadores se respeten, les permiten hacer de las suyas.

Frente a la difusión del individualismo, a la aceptación de las leyes de mercado como criterio de convivencia y a los procesos de globalización, el Estado ha ido perdiendo presencia —poder que no influencia diría Castells— en las sociedades. No sólo el Estado–Nación se encuentra cuestionado por la globalización, también lo están otras instituciones como los sindicatos y actores sociales como los empresarios y trabajadores ligados al territorio. La pérdida de importancia que han tenido los gobiernos, sindicatos y trabajadores sin duda ha permitido que los procesos de precarización, individualización y exclusión social abarquen a amplios sectores de trabajadores. Así mismo, la pobre influencia que tienen los empresarios locales en la construcción de un proyecto social, ponen en una situación de riesgo a la sociedad misma.

3. El trabajo en la sociedad flexible

La flexibilidad ha sido definida de diferentes maneras, usualmente la flexibilidad se asocia con la capacidad de doblarse fácilmente, con la disposición de acomodarse. En el Cuadro 1, se puede observar que en la definición que dan diferentes teóricos e instituciones como la OCDE, la flexibilidad es definida como la capacidad de adaptación de las instituciones y de los trabajadores al comportamiento del mercado.

Cuadro 1.
Definiciones del concepto flexibilidad, según diferentes autores

Piore	La capacidad que tienen los salarios (nominales) de aumentar o disminuir según la situación del mercado de trabajo
OCDE	La flexibilidad se refiere a la capacidad que tienen los particulares y las instituciones de salirse de las vías establecidas y adaptarse a las nuevas circunstancias
Michon	La flexibilidad se vuelve imperiosa en un contexto de rápido cambio: denota aptitud para cambiar.
Atkinson	La flexibilidad alude a cambios en las reglamentaciones y prácticas institucionales, culturales y otras de carácter social o económico que incrementan de manera permanente la capacidad de responder al cambio
Standing	Afirma que en el plano más abstracto, la flexibilidad significa capacidad de reaccionar ante la presión y que ser flexible consiste en ser sensible a las presiones e incentivos y poder adaptarse a ello.
Boyer	La flexibilidad se refiere a la capacidad de un sistema o subsistema de reaccionar ante diversas perturbaciones.
Ricardo A. Lagos	Respecto a la flexibilidad de los mercados de trabajo, Ricardo A. Lagos la define como las transformaciones que se han dado en los costos laborales, el número de trabajadores así como en las funciones que desempeñan los trabajadores en el proceso de trabajo: 1. Por flexibilidad de los costos laborales se entiende el grado de sensibilidad de los salarios nominales y los costos no salariales a las variaciones de las condiciones económicas en general (por ejemplo, inflación, productividad, relación de intercambio, demanda) y el desempeño de las distintas empresas. 2. La flexibilidad numérica comprende dos aspectos: ajuste de la fuerza de trabajo y ajuste de las horas laborales. El primero se conoce como "flexibilidad numérica externa" y representa la capacidad de las empresas de ajustar la cantidad de trabajadores (aumentándola o disminuyéndola) para responder a las variaciones de la demanda o a los cambios tecnológicos. La "flexibilidad numérica interna" trata de la libertad que tienen las empresas para modificar el número de horas laborales sin variar la cantidad de empleos. 3. La flexibilidad funcional se refiere a la capacidad de una empresa para utilizar eficazmente su fuerza de trabajo variando la labor que desempeña ante modificaciones en el volumen de trabajo y las posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías. Esta forma de flexibilidad se relaciona con la movilidad de los trabajadores dentro de la empresa; entraña la capacidad empresarial de reorganizar los puestos de trabajo. A su vez, ello requiere tener acceso a una fuerza de trabajo capaz de realizar las diferentes tareas del proceso productivo. Es decir, la flexibilidad funcional apela a los conocimientos técnicos y competencias de los trabajadores y a su capacidad de dominar diversos segmentos del mismo proceso productivo.

Fuente: Cuadro elaborado a partir de: Lagos, Ricardo A. (1994) ¿Qué se entiende por la flexibilidad del mercado de trabajo? En Revista de la Cepal número 54. Página 83

En el campo de la sociología Sennett señala que la “flexibilidad designa la capacidad del árbol para ceder y recuperarse” (2000: 47); en este sentido, “una conducta humana flexible debería tener la misma resistencia a la tensión: adaptable a las circunstancias cambiantes sin dejar que estas lo rompan”. Flexibilidad significa adaptación, pero el hecho de que los trabajadores se adapten a las nuevas circunstancias económicas ha sido a costa de la transformación del significado mismo del trabajo así como del carácter de los trabajadores.

Si algo busca la flexibilidad es romper con la rutina. Sin embargo este rompimiento no se da en toda la sociedad, como lo señala Sennett “La flexibilidad implica que la rutina está desapareciendo en los sectores más dinámicos de la economía, sin embargo, la mayor parte del trabajo sigue inscrito en el círculo del fordismo.” (2000: 45)

¿Qué implicaciones tiene la flexibilidad para la economía, la empresa y los trabajadores? En el sistema económico la flexibilidad ha traído consigo la reinención discontinua de las instituciones (redes), la especialización flexible de la producción (es el mercado el que determina la estructura de las instituciones, es decir, a partir de la demanda se organiza la producción) y la concentración sin centralización del poder (aún cuando las formas de gestión de las empresas ha cambiado, el poder lo tienen los directivos y las grandes empresas. Antes el poder tenía rostro de reloj, ahora tiene una cara electrónica –tiene el rostro de pantalla de ordenador). (Sennett; 2000: 53, 61)

En el caso de las empresas en lugar de estructurarse bajo la lógica del tamaño (cuanto más grande más eficiente y eficaz), del “tiempo métrico” (existe un modo óptimo de hacer las cosas) y de la jerarquía (todo tenía un orden y todos tenían un papel que jugar); ahora funcionan bajo el lema <<nada a largo plazo>>, lo que ha traído como consecuencia el desapego, la cooperación superficial, la movilidad continua y la falta de compromiso.

La flexibilidad también ha afectado a los trabajadores, para ellos la flexibilidad ha significado cambio, pero un cambio que los pone a la deriva, que les genera incertidumbre, desconfianza, falta de compromiso, y que separa la voluntad del comportamiento; la flexibilidad impide a los trabajadores poder planificar tanto su carrera laboral como sus propias vidas. La falta de apego, la desconfianza no sólo afecta al trabajador en la empresa, también genera confusión sobre el lugar que ocupa en la sociedad.

La desorientación contribuye a que los trabajadores estén en un estado de vértigo que no les permite ver si los cambios de trabajo son de un lado a otro, o de arriba hacia abajo; el no tener un punto de referencia no permite ver a la gente si un cambio significa una pérdida o una ganancia, es decir le imposibilita saber si las decisiones que ha tomado son correctas o equivocadas.

¿Cuáles son las causas de que los trabajadores estén en estas condiciones? Lo primero que habría que tomar en cuenta es que el concepto de <<carrera>> definido este como el canal por donde se encauzan las actividades profesionales de toda una vida se ha modificado (Sennett; 2000: 9). Como lo señala Sennett, ya no hay caminos rectos, los caminos se desvían de un trabajo a otro de tal forma que:

“Hoy , un joven americano con al menos dos años de universidad puede esperar cambiar de trabajo al menos once veces en el curso de su vida laboral, y cambiar su base de cualificaciones al menos tres veces durante los cuarenta años de trabajo” (Sennett; 2000: 20)

Otro aspecto que también habría que tomar en cuenta es que tanto las innovaciones tecnológicas como las transformaciones en la gestión y en la organización del proceso de trabajo han traído como consecuencia que las calificaciones también se vean impactadas. Efectivamente, el paradigma taylorista–fordista y la flexibilización del trabajo han construido y requerido un determinado tipo de trabajador.

En la sociedad industrial, el taylorismo–fordismo implicó procesos de descalificación de los trabajadores debido a la simplificación y parcelación del proceso productivo y la especialización requirió determinados conocimientos, habilidades y destrezas de los trabajadores.

El cambio del paradigma taylorista–fordista a la flexibilización del trabajo hizo que el concepto de calificación fuese revisado y adquiriese otra dimensión. Lejos de ser desechado, en el modelo económico actual se sigue reconociendo la importancia de la calificación, solo que se reconoce también que los conocimientos, habilidades, destrezas y actitudes tienen caducidad por lo que es necesario estarlos actualizando permanentemente, además de que el conocimiento es mucho más que simple información.

Los conocimientos, habilidades y destrezas requeridas por los nuevos ambientes de trabajo se han diversificado y el conocimiento especializado es tan sólo uno más de los requisitos exigidos. Sin embargo, aunque muchas de las competencias que se les piden ahora a los trabajadores pueden ser útiles a ellos mismos tanto para desarrollar sus actividades laborales como para construir su vida personal, esto no siempre es así.

En la medida en que los trabajadores viven en constante cambio y este los pone en una situación de incertidumbre, la iniciativa, el <<moverse>>, muchas veces en lugar de mejorar su situación los pone en otra más vulnerable. Muchas veces la gente deja su trabajo pero no necesariamente para mejorar, sino porque no tiene otra opción, porque fue orillada a hacerlo.

Por otra parte, los procesos de comunicación que se establecen en los centros de trabajo entre trabajadores y directivos, más que incorporar a los trabajadores en la toma de decisiones, los pone en una situación de receptividad, incluso el que los trabajadores sean incorporados a los equipos de trabajo no significa necesariamente que su situación mejore. Para Sennett

“La moderna ética del trabajo se centra en el trabajo en equipo. Celebra la sensibilidad de los demás; requiere <<capacidades blandas>>, como ser un buen oyente y estar dispuesto a cooperar; sobre todo, el trabajo en equipo hace hincapié en la capacidad de adaptación del equipo a las circunstancias. Trabajo en equipo es la ética del trabajo que conviene a una economía política flexible. Pese a todo aspaviento psicológico que hace la moderna gestión de empresas acerca del trabajo en equipo en fábricas y oficinas, es un *ethos* del trabajo que permanece en la superficie de la experiencia. El trabajo en equipo es la práctica en grupo de la superficialidad degradante” (Sennett; 2000: 104)

En los equipos de trabajo pareciera que la autoridad desaparece y que todos tienen las mismas responsabilidades, el mismo papel. En los equipos de trabajo “La persona con poder no justifica sus ordenes; los poderosos sólo *facilitan*, posibilitan un camino a los demás. Este poder sin autoridad desorienta a los empleados” ya que el poder se hace ilegible (Sennett; 2000: 70)

Lo anterior les da a los trabajadores una falsa imagen de las relaciones que se establecen entre los propios trabajadores y entre ellos y los propietarios y gestores del capital. Pareciera que en los equipos de trabajo no hay competencia, sólo cooperación; que entre los trabajadores y los propietarios del capital no hay conflicto, que los directivos no tienen poder sino que más bien son *gestores, guías, coordinadores, facilitadores* y, en la medida en que no hay conflictos de clase, los sindicatos son innecesarios.

La flexibilidad no es percibida ni afecta a todos los trabajadores de la misma manera. En la sociedad actual aún cuando el desempleo afecta de manera importante a los jóvenes, la preferencia para contratarlos tiene que ver no sólo con el hecho de que es mano de obra más barata sino también porque son más tolerantes al cambio, a la flexibilidad. La madurez —y porque no decirlo, la vejez— ya no son sinónimo de experiencia y de calificación, sino que ahora se le identifica con la rigidez, en esa medida, los trabajadores maduros o viejos son vistos como un peligro, como algo que hay que evitar.

El capitalismo, en su fase de desarrollo actual, busca desechar lo *viejo*, es decir, aquellos aspectos que ya no le son redituables, al mismo tiempo que trata por todos los medios de renovarse. Así pues, como señalábamos al principio, la sociedad actual no es la misma que la que vivieron nuestros padres y abuelos, hay cosas nuevas y esas cosas nuevas tienen que ver con la ofensiva sin precedente del capitalismo hacia todo lo que no le es funcional. Desde nuestro punto de vista, el trabajo continua siendo uno de los pilares sobre los que se sostiene la sociedad y los cambios que está experimentando son una expresión no de una pérdida de importancia sino de los conflictos de la relación capital-trabajo, estos conflictos están permeadas por relaciones de explotación y dominación pero también de exclusión social.

Conclusiones

Hemos sostenido que las condiciones de empleo, trabajo y vida de los trabajadores que existieron en la sociedad moderna no son las mismas que las que existen en la sociedad flexible que es la sociedad en la que vivimos actualmente. En ese sentido nos ha parecido importante tomar en cuenta el debate que existe en torno a la importancia del trabajo en la sociedad actual.

Desde nuestro punto de vista, la relación central que rige a la sociedad actual es la relación capital-trabajo; sin embargo esta relación se ha visto trastocada por las repercusiones de la tercera revolución científico tecnológica (en particular por las tecnologías de la información), el establecimiento de un régimen de acumulación flexible, por los procesos de globalización financiera, comercial y productiva, por la estructuración de un Estado cada vez más cuestionado por las tendencias mundiales y cada vez más lejano del Estado Benefactor, así como por los cambios culturales que han contribuido a la incorporación de la mujer en el ámbito del trabajo.

Lo anterior ha traído como consecuencia que vivamos en una sociedad donde el embate del capitalismo no tiene precedente y donde los grandes

capitalistas transnacionales han impuesto sus condiciones. Lo anterior se ha agudizado más en aquellas regiones donde los sujetos sociales no están constituidos o no tienen la fuerza suficiente para enfrentar al capital transnacional.

Frente a la perspectiva que ve como “natural” la globalización, la flexibilización y el individualismo y que no ve otro escenario más que aquel dominado por las grandes empresas transnacionales, consideramos que poner a la región, a los espacios locales en el centro del análisis, permite “desnaturalizar” las tendencias que están predominando actualmente y da opciones para que transformemos la realidad social.

Bibliografía

- Arendt, Hannah (1993) La condición humana. España: Paidós
- Bauman, Zygmunt (1999) La globalización Consecuencias humanas. México: F. C. E.
- _____ (2000) Trabajo, consumismo y nuevos pobres. España: Gedisa editorial
- Beck, Ulrich (2000) Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización. España: Paidós
- Castells, Manuel (1999) La era de la información Economía sociedad y cultura. México: Siglo XXI editores.
- Carnoy, Martin (2001) El trabajo flexible en la era de la información. Madrid: Alianza editorial
- Cohen, Daniel (2001) Nuestros tiempos modernos “Un análisis del capitalismo y sus tendencias: ¿estamos ante el final del trabajo?” España: Tusquets editores
- De la Garza, Enrique (1992) Cambio tecnológico y demandas sindicales: la experiencia internacional. México: CENPROS. Cuadernos de trabajadores 3.
- Engels, F. (1955) “El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre”. En Obras escogidas de Marx y Engels. Moscú.
- Harvey, David (1998) La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural. Argentina: Amorrortu.
- Lagos, Ricardo (1994) “¿Qué se entiende por flexibilidad del mercado de trabajo?”. En Revista CEPAL Número 54
- Mandel, Ernest (1969) Tratado de economía marxista. México: Ediciones Era. Tomo I
- Marx, Karl (1980) El Capital. Tomo I/vol. 1 Libro primero El proceso de producción del capital. México: Siglo XXI editores.
- Organización Internacional del Trabajo (1998) Informe sobre el empleo en el mundo 1998-1999. Empleabilidad y mundialización papel fundamental de la formación. Francia: OIT. Ginebra.

Sennett, Richard (2000) *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Editorial Anagrama.